

valiosa para aquellos investigadores interesados en este modo de hacer historia de la alimentación.

Francisco Muñoz-Pradas

Universitat Autònoma de Barcelona

Ramon Garrabou Segura & Manuel González de Molina (eds)

La reposición de la fertilidad en los sistemas agrarios tradicionales

Barcelona, Icaria, 2010, 319 páginas

Quince años después de la aparición del libro coordinado por José Manuel Naredo y Ramón Garrabou, *La fertilización en los sistemas agrarios, Una perspectiva histórica* (Madrid, Fundación Argentaria/Visor, 1996), que fue producto de unos fructíferos encuentros interdisciplinarios en Valsain (Segovia), en 2010 apareció una nueva recopilación de trabajos sobre la cuestión de la fertilización en las agriculturas orgánicas que pone de relieve la continuidad en la reflexión y el empeño por seguir mejorando las herramientas y los enfoques de aproximación a unos interrogantes que sólo pueden ser resueltos desde un profundo conocimiento técnico, y que al mismo tiempo tienen gran relevancia para la comprensión de los sistemas agrarios, sus equilibrios y sus procesos de transformación. El libro que ahora comentamos, sucesor declarado del anteriormente citado, supone avances notables en términos metodológicos, así como en los resultados obtenidos.

Los procesos bioquímicos que se producen en el suelo y permiten la nutrición vegetal constituyen algo así como la caja

negra de la agricultura. Aunque los resultados productivos dependen de una amplia diversidad de factores (variedades escogidas, resistencia a la enfermedades y plagas, radiación solar,...), los mecanismos de gestión de la fertilidad son un factor central en el proceso de crecimiento vegetal, juntamente con las disponibilidades hídricas. Su comprensión es crucial para la interpretación de los procesos de crecimiento agrario, sus límites y su sostenibilidad, pero al mismo tiempo su análisis es complejo, especialmente cuando se proyecta hacia el pasado. Se trata de una cuestión de bastante calado técnico, para el abordaje de la cual el historiador requiere la colaboración y soporte de los especialistas adecuados. En este sentido, es de justicia remarcar que el libro editado por Garrabou y González de Molina es fruto de una estrecha y poco habitual colaboración interdisciplinar entre historiadores rurales e investigadores procedentes de la ecología, la fisiología vegetal y la agronomía.

El libro no se limita a recopilar datos y describir la diversidad de técnicas de fertilización, desde el estercolado hasta el

abono verde o la quema de residuos vegetales, sino que integra estas prácticas en sistemas agrarios concretos, con orientaciones productivas, rotaciones de cultivo y niveles de rendimiento específicos, con el fin de analizar sus equilibrios en términos de sustentabilidad y sus consecuencias en términos de coste territorial. Por otra parte, tampoco se trata de una recopilación al uso de artículos sobre un mismo tema, fruto de un encuentro puntual, sino de un libro coherente, maduro, y derivado de un trabajo de colaboración investigadora de largo recorrido. Aunque el número de firmantes de los nueve capítulos del libro sea elevado (21), existe una elevada trabazón interna tanto en su ordenación como en el enfoque y el planteamiento metodológico. Después de una presentación que anticipa, precisamente, esta coherencia interna, el libro se abre con un capítulo que realiza la función de introducción general al estudio de la reposición de la fertilidad en clave histórica. En él R. Garrabou, E. Tello y J.R. Olarieta parten de la idea de que el cultivo continuado del suelo tiene un carácter extractivo (minería de nutrientes), puede producir una degradación neta de las potencialidades del suelo, y debe equilibrarse en algún punto para permitir la continuidad de la explotación a unos niveles de productividad socialmente aceptables. Mediante una sencilla ecuación que expresa el balance entre procesos de degradación (natural y antropogénica) del suelo y procesos de restauración (también de naturaleza tanto natural como antropogénica), remarcan el papel de las prácticas humanas de manejo restaurador de la fertilidad como una cuestión

clave para entender los procesos de mantenimiento y de aumento sostenido de rendimientos. Desde esta perspectiva, siguiendo los trabajos de Geoff Cunfer, también trazan una interpretación de la crisis agraria de fines del siglo XIX como resultado del choque, en un mercado recién mundializado, de unos sistemas agrícolas que habían conseguido mantener o elevar sus rendimientos mediante prácticas de reposición de la fertilidad laboral y territorialmente costosas con otros sistemas agrícolas que durante algunas décadas pudieron practicar una minería de nutrientes a partir de las reservas existentes en tierras recién roturadas. La respuesta a las presiones mercantiles y demográficas por aumentar la producción condujo a crecientes problemas de carencia de nutrientes (expresados en la evolución del precio del estiércol y otros fertilizantes, como ilustra J.M. Lana) y a un desequilibrio que sólo se resolvió con el consumo masivo de fertilizantes sintéticos, lo cual dio lugar a nuevos problemas de sostenibilidad (contaminación, desencaje territorial, no renovabilidad).

Los distintos trabajos tienen una aproximación metodológica común, basada en el análisis del balance de nutrientes. Sus fundamentos y su aplicación a sistemas históricos del pasado son expuestos en el segundo capítulo, cuya autoría –claro manifiesto interdisciplinar, como otros capítulos– corresponde a un ecólogo, una agrónoma y cuatro historiadores. En él se aborda tanto la composición del modelo –limitado a los tres macronutrientes básicos– como los problemas derivados de su apli-

cación a épocas pasadas, para las cuales no se dispone de información directa. Los balances no persiguen reflejar exactamente la realidad de lo acaecido en un campo o una finca, sino modelizar los flujos a nivel de sistema agrario. Es especialmente útil la tabla 1, donde se resumen las variables implicadas y las fuentes que informan sobre cada una de ellas (con una valoración sobre su grado de incertidumbre), pero también su relevancia en el balance global, consideración que permite ponderar la magnitud del error al que pueden conducir fuentes inexistentes o precarias.

En este segundo capítulo se avanzan dos propuestas que son exploradas con mayor detenimiento en los tres capítulos siguientes, a saber: la utilidad de los datos de la agroecología y el recurso a una historia experimental. Aunque no sea estrictamente una novedad historiográfica –cabe recordar la arqueología experimental propuesta décadas atrás por Peter J. Reynolds desde la *Butser Ancient Farm*–, la experimentación no es un procedimiento habitual en nuestro campo, entre otros motivos por sus elevados costes. Por ello el ensayo, aunque sea sin repeticiones, de la técnica de los hormigueros –pequeñas carboneras–, actualmente olvidada pero muy utilizada en la viticultura catalana del siglo XIX, y el análisis físico químico de la tierra resultante planteado por Olarieta y sus colaboradores en el quinto capítulo resultan del mayor interés, más aún cuando sugieren interesantes hipótesis sobre su papel en la fertilización.

Por su parte, los capítulos III y IV se orientan a examinar resultados experimen-

tales procedentes la agricultura ecológica y, por tanto, obtenidos en el marco de una agricultura contemporánea, distinta de los sistemas agrarios del pasado, pero que reproduce parcialmente algunos de los elementos de estos (rotaciones, variedades «tradicionales»,...). Guzmán y otros, en el tercer capítulo confirman que las variedades utilizadas y el tipo de manejo condicionan la composición del trigo (más en la paja que en el grano) y, por ello, tienen influencia notable en el balance de nutrientes. Este hecho tiene notable relevancia cuando se traducen a macronutrientes las extracciones realizadas en una cosecha y sugiere que los valores presentes en la literatura agronómica actual –obtenidos mediante un cultivo moderno convencional– pueden estar notablemente sesgados. Por su parte, en el capítulo cuarto Meco, Moreno y Lacasta presentan los resultados de la finca experimental toledana de La Higuera, donde desde la década de 1980 se ha experimentado el cultivo ecológico en condiciones de secano semiárido. Se trata, sin embargo, del texto con peor encaje del libro porque reitera el marco conceptual y metodológico ya expuesto en el segundo capítulo (con algunos cambios de enfoque) y, por contra, acaba exponiendo con poco detalle los resultados obtenidos en la citada la finca.

Los cuatro capítulos restantes comparten una unidad propia porque son análisis de caso, de alcance local o regional, donde se aplica y concreta la metodología expuesta anteriormente. Más concretamente, se trata de un estudio sobre la agricultura andaluza de los siglos XVIII y XIX –basado

en la comparación de dos agroecosistemas distintos (Montefrío, en Granada, y Castilla de la Cuesta, en Sevilla) y realizado por González de Molina, Guzmán, García, Soto, Herrera e Infante; otro sobre la Navarra seca (Tudela) durante el siglo XIX y hasta 1935 realizado por José Miguel Lana; y otros dos, realizados por Garrabou, Tello, Cussó y Olarieta, donde primero se reconstruye el balance de una localidad barcelonesa a mediados del siglo XIX (Sentmenat) y luego se analiza su transformación desde fines del siglo XIX hasta la actualidad, ampliando su escala al conjunto provincial.

No vamos a exponer con detalle la riqueza de matices que se encuentran en estos estudios de caso, pero sí que vale la pena destacar como emerge, en todos ellos, una conclusión que se sitúa por encima de las dudas que pueden plantearse en torno a opciones concretas de asignación de valor a los distintos parámetros modelizados. Los distintos análisis, pese a las particularidades del sistema agrario de cada uno, coinciden en observar una ruptura en el equilibrio de la balanza de nutrientes asociado a los procesos de expansión agraria que se dieron durante el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, con efectos obvios sobre el nivel de rendimientos. Estos desequilibrios, mantenidos puntualmente a costa de las reservas en nutrientes del suelo o de una expansión extensiva del cultivo que reducía, a su vez, el flujo procedente del área no cultivada, conllevaron tensiones y presiones crecientes que sólo se resolvieron, ya bien entrado el siglo XX, con la aplicación masiva de fertilizantes inorgáni-

cos y la aparición de un nuevo escenario de insostenibilidad.

El libro no agota las posibilidades de continuar estudiando y ahondado los distintos aspectos relacionados con el manejo de la fertilidad del suelo. En particular queda aún un amplio margen para explorar las dimensiones sociales de las prácticas de la fertilidad. De hecho, a lo largo del texto, se insiste en la idea que la capacidad de todo ecosistema agrario tiene un elevado componente social y cultural, y también se apunta que la desigualdad en el acceso a los recursos naturales y al ganado podía dar lugar a desigualdades en las condiciones de restauración de la fertilidad. En algún momento cabrá modelizar cuáles eran las diferencias de manejo entre los distintos tipos de explotación que en un periodo determinado coexistían dentro del mismo sistema y, quizás, cabrá explorar cómo la pequeña agricultura familiar, en algunos contextos, pudo alcanzar mayores rendimientos y, por tanto, un mejor manejo del flujo de nutrientes. Por otra parte, qué duda cabe que la fertilidad está condicionada por el marco social de explotación de la tierra y, particularmente, por las formas de contratación agraria y sus *consuetudes*. Tras unos balances genéricos podemos hallar luchas por la apropiación de la fertilidad entre terratenientes y arrendatarios o aparceros, imposición de prohibiciones que afectan a prácticas esquilmanes –pero también a cultivos nitrogenantes, pero poco remuneradores, como la alfalfa–, conflictos generados por contratos de corta duración o durante el periodo de desahucio,... En cualquier caso, el libro editado por Garra-

bou y González de Molina constituye una excelente profundización de los argumentos desarrollados en *El pozo de todos los males* y una referencia inexcusable en cualquier discusión sobre los condicionantes ambientales del crecimiento agrario.

Enric Saguer
Universitat de Girona

REFERENCIAS

- NAREDO, J. M. y GARRABOU, R. (1996): *La fertilización en los sistemas agrarios, Una perspectiva histórica*, Madrid, Fundación Argentario/Visor.
- PUJOL, J.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; FERNÁNDEZ PRIETO, L.; GALLEGU, D. y GARRABOU, R. (2001): *El pozo de todos los males. Sobre el atraso de la agricultura española*, Barcelona, Crítica.

Jeffrey M. Pilcher, ed.

The Oxford handbook of food history

Nueva York, Oxford University Press, 2012, XVIII + 508 páginas

Esta compilación de veintisiete estudios proporciona un estado de la cuestión sobre la historia de la comida y la alimentación, entendida en un sentido amplio. La introducción del editor, Jeffrey Pilcher, narra la gradual emergencia de este subcampo de investigación histórica. Lo que en los orígenes fue un interés moderado por el tema de la alimentación, al menos entre las principales corrientes historiográficas, fue dando paso a una variada gama de análisis encaminados a estudiar la comida como un fenómeno social total, interesante en sí mismo pero también relevante como ángulo desde el que contemplar aspectos más amplios de la evolución y organización de las sociedades. De acuerdo con Pilcher, podrían distinguirse cinco grandes temas: historia política, cambio cultural a lo largo del tiempo, identidad, transformación industrial, y salud y nutrición. En no poca medida, este auge de la historia de la comida estaría vinculado al «giro cultural» que tomó la historia como

profesión a partir de la década de 1970; tanto es así que el propio Pilcher, en su capítulo sobre «Historias culturales de la comida», asegura que hablar de historia cultural de la comida puede parecer redundante a tenor de las prácticas que han sido habituales en la disciplina en los últimos tiempos.

El libro se organiza en cinco partes. La primera de ellas ofrece perspectivas historiográficas: la alimentación en la escuela de los *Annales* (Sydney Watts), historias políticas de la comida (Enrique C. Ochoa), historias culturales de la comida (Jeffrey M. Pilcher), historias laborales de la comida (Tracey Deutsch) e historias públicas de la comida (Rayna Green). La segunda abandona el campo de la historia propiamente dicha para adentrarse en las perspectivas que sobre este tema han ido surgiendo en disciplinas o subdisciplinas afines, como los estudios de género (Carole Counihan), la antropología (R. Kenji Tierney y Emino Ohnuki-Tierney), la sociología